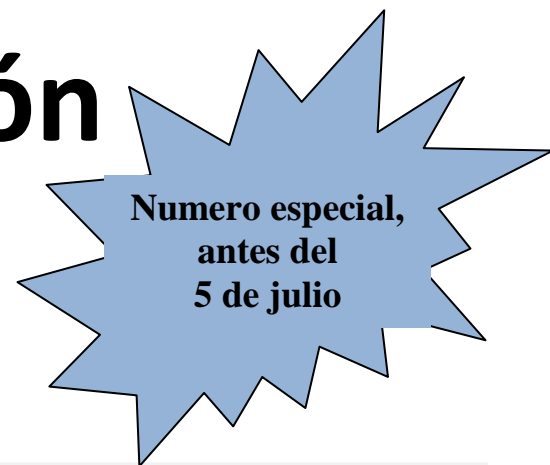


Comunicación on onciencia educativa



Numero especial,
antes del
5 de julio

*Boletín del Seminario permanente de análisis,
en defensa de la educación pública*

En este número:

“Formar en las Escuelas Normales, un deber inaplazable”
Rocío Méndez Ocampo

“Descomposición social y procesos electorales”
Olivia Gómez Solorio

“Abstenerse conscientemente, votar o votar en blanco, ésa es la cuestión”
Fidel Vallejo Mireles

“Votar o no votar, ¿es ésa la disyuntiva?”
Gonzalo Guajardo González

“Taxonomía de nuestras opciones electorales”
María del Carmen Vicencio

“Neuropolítica y genoma artificial”
Margarita Gutiérrez Bracho



Por la construcción colectiva de un proyecto alternativo de educación, en el marco de un proyecto alternativo de sociedad.

Epoca 1, año 1, mayo-junio de 2009

Producción y distribución cooperativas
Los costos de producción de este boletín son absorbidos cooperativamente por su *Consejo Editorial* y por quienes se solidaricen con él.

La reproducción total o parcial de este documento NO está prohibida, si no tiene fines comerciales. Al contrario, solicitamos apoyo para darle amplia difusión, citando las fuentes.

Editorial

El *Seminario permanente de análisis en defensa de la educación pública* es una agrupación por la que maestros y estudiantes normalistas, provenientes de diferentes instituciones de educación básica y superior, nos reunimos libremente para pensar nuestra realidad actual y lo que nos sucede en ella.

En estos tiempos de vorágine y vértigo, de gran efervescencia y confusión política, económica, cultural, educativa, científica y tecnológica, etc., pretendemos recuperar esos espacios, que nos han sido arrebatados, en los que no sólo la reflexión crítica es posible, sino también la construcción de la esperanza. Nos reunimos para proyectar formas de concebir al ser humano, a la sociedad y a la educación, distintas a las que se nos quieren imponer, desde la lógica del poder económico. Nos convoca, por un lado, la necesidad de conciencia histórica, sin la cual no somos nadie. La Historia es nuestra gran maestra. Muchos de quienes nos precedieron, soñaron en un mundo mejor y lucharon por él; ahora nos toca a nosotros hacerlo.

Nos convoca también la proyección hacia el futuro, *la utopía*. Estamos dispuestos a rescatar nuestro derecho a soñar en que una realidad mucho mejor a la que ahora tenemos, es posible. Nos convocan preguntas generadoras fundamentales: ¿A qué clase de mundo aspiramos?, ¿a qué clase de ser humano?, ¿cómo entendemos el sentido de la vida y de la educación ahí, en el contexto concreto en el que nos desenvolvemos? Finalmente nos convoca nuestro compromiso práctico por la transformación de nuestra realidad y nuestro compromiso específico por la educación pública.

Al trabajar en este seminario, no nos interesa el pago de horas extras, ni venimos por constancias para subir puntos en el escalafón, cuya caza nos aprisiona en una lógica alienante. Nos mueven los principios de libertad y de gratuidad. Nos reunimos simplemente porque deseamos hacerlo.

Si tienes esta libertad, acompáñanos.

La educación cívica no puede reducirse, como sucede en muchas escuelas a la celebración de los honores a la bandera y a la repetición, incomprensible para los alumnos, de una retahíla de efemérides, que rara vez son recuperadas por una reflexión comunitaria.

La educación cívica implica una forma de vida, centrada en la toma de conciencia de que somos seres sociales y de que no podemos sobrevivir sólo como individuos. Ser sociales significa, no sólo que tenemos que convivir con otras personas, sino que simplemente no podríamos siquiera ser o existir, sin los otros. Nos hacemos humanos en el diálogo con los otros y este diálogo sólo es posible entre quienes pueden comunicarse, decir su palabra y escuchar lo que los demás tienen que decir, lo que desean decir. No hay posibilidad de dialogar, cuando sólo unos cuantos tienen (tenemos) libertad de expresión y los demás son (somos) obligados a permanecer en silencio; no hay posibilidad de diálogo, cuando se nos obliga a pensar, a creer, a sentir o a expresarnos de la misma manera. Por eso la educación no debiera entenderse, como sucede en muchos lugares, como una *normalización* (someter a todos a una misma norma, a un mismo estándar o parámetro, definidos, desde quienes se abrogan ilegítimamente el derecho de definir lo que es *normal*). Esta idea ha estado en el origen de la educación normalista, pero la tenemos que cambiar, pues si trabajamos en la educación pública, trabajamos para un pueblo altamente heterogéneo y con derecho a disentir.

Nuestra experiencia vital se enriquece, en la medida en la que interactuamos con sujetos diferentes a nosotros; se empobrece, en cambio, considerablemente, si tratamos como invisibles o inexistentes a los que son “distintos”, si les negamos (o nos niegan) la posibilidad de existir y de hacer valer su (nuestra) voz, su (nuestra) forma de comprender el mundo y de estar en él.

Los textos firmados son responsabilidad de los autores y los textos sin firmar, responsabilidad de la edición.

A través de la historia, la humanidad ha emprendido innumerables luchas para conseguir un mayor equilibrio en la capacidad de diálogo y de participación en la toma de decisiones entre los distintos grupos sociales. La lucha siempre es necesaria, pues la condición humana y la estructura socioeconómica y política que padecemos, origina que unos cuantos acaparen el poder y quieran para sí todos los privilegios.

La educación cívica implica pues una formación bidireccional: Por un lado, considerarme digno de ser escuchado y aprender a hacer valer mi voz, y por el otro, reconocer que los que *no son yo* también tienen algo que decir-me y que a mí me toca tratar de comprenderlos. Implica luchar por que en todos los espacios en los que conviven los seres humanos, se creen las condiciones para que nadie sea excluido. Se trata de educar para la democracia y con ella, para la solidaridad, con quienes menos posibilidades tienen, para la transformación, en fin de nuestra realidad.

Para que esta educación sea efectiva, Rocío Méndez considera, como *deber inaplazable*, rescatar el concepto de *formación integral*, especialmente en la formación inicial de los normalistas y no reducir ésta a una mera capacitación técnica. Ella está convencida de que formar es tener presente, como dice Freire, el compromiso de asumir *“el derecho y el deber de cambiar al mundo”*.

Pero ¿cómo cambiar el mundo? En estos tiempos electorales nos sentimos especialmente sensibles al tema de la democracia, pues en México tenemos una larga historia de desilusiones al respecto. Después de haber logrado el repliegue del partido que nos dominó durante 70 años, el, o los nuevos partidos en el poder, que nos prometieron un gran cambio, se descubren como clones del anterior, en su propio estilo, sumiéndonos en un gran desaliento. Ese cambio sólo fue de logos, pues las estructuras de dominación permanecen intactas y, en algunos sentidos, hasta empeoraron.

Olivia Gómez abre la discusión sobre el tema electoral, presentando un devastador panorama de la descomposición social que estamos viviendo. La

desazón es tan grande que mucha gente ya no cree en la democracia. Por eso se ha desatado un fuerte movimiento en favor del abstencionismo o del voto nulo. Fidel Vallejo, un convencido de que ésta es la alternativa, pues la negación del actual sistema está en la base de la construcción de una auténtica democracia, comparte sus reflexiones sobre la disyuntiva entre votar y no votar.

Por su parte, Gonzalo Guajardo hace un recorrido histórico por nuestros procesos democráticos, para comprender cuál ha sido la génesis del descontento y la pérdida de credibilidad social. A diferencia de Fidel, él está sostiene que la abstención o el voto nulo es orquestado por la derecha para inutilizar la protesta social y evitar que se convierta en oposición en el gobierno.

María del Carmen Vicencio emprende, un poco en broma y un mucho en serio, una detallada *“Taxonomía de nuestras opciones electorales”*, para concluir que, en realidad, sólo tenemos dos.

Finalmente, Margarita Gutiérrez Bracho, con una participación un tanto irónica, nos da una probadita de otras formas sorprendentes de concebir a la política, radicalmente distintas al enfoque social de los demás articulistas, en este número, la llamada *“neuropolítica”*. El desarrollo de esta “ciencia” nos hace ver que Aldos Huxley no sólo se quedó en novela, y que tiene seguidores que han tomado su propuesta en serio. Si realmente estamos por la participación de toda la ciudadanía en la discusión democrática, habremos de reconocer que hay una tendencia ideológica en esta dirección, fluyendo rápidamente a través de internet.

Tenemos pues mucho en qué pensar, antes de tomar la decisión de si votamos o nos abstenemos, o de por quién votamos este 5 de julio.

El Seminario de análisis en defensa de la educación pública del Estado de Querétaro agradece el apoyo de todos sus lectores, en la difusión de este boletín y los invita a participar con sus reflexiones.

Esperamos sus comentarios en:

con.conciencia@yahoo.com

Visiten nuestras páginas:

<http://www.odiseo.com.mx>

<http://www.normalistasqueretanos.blogspot.com>

Formar en las Escuelas Normales, un deber inaplazable

Rocío Méndez Ocampo

El concepto de formación, incorporado al ámbito educativo, es antiguo, sin embargo sus acepciones se han ido modificando con el tiempo, en especial a partir de los años 90, con el impulso del neoliberalismo internacional, que emite sus “sugerencias” a los Estados, para introducir innovaciones en los planes y programas educativos, dirigidas a desarrollar ciertas habilidades y (ahora) competencias en los estudiantes.

Estas “nuevas” políticas, dejan de lado la perspectiva humanista de la educación, cuyo pilar era la *formación integral del ser humano*. Así, paulatinamente, los profesores nos hemos ido apropiando del nuevo discurso, pero, lo más grave es que, con él, hemos ido reduciendo nuestra intervención exclusivamente al campo de lo cognitivo (y en éste casi sólo a la asimilación de información, no al ejercicio crítico).

La consecuencia de este enfoque, en los distintos espacios educativos y en el hacer de los profesores, es que impacta en el desarrollo pleno de todas las facultades de los educandos, pero si nos ubicamos en las instituciones formadoras de docentes, el desenlace es devastador.

Desde el enfoque que aquí deseo proponer, es tarea de los formadores de docentes tomar conciencia de la importancia de recuperar el concepto de *formación*.

Plantea Silvia Serra, en “*La Pedagogía y los imperativos de la época*”, “*que en esta cultura el maestro se enfrenta al deterioro creciente de su función*” por una parte y por otra “*a las dificultades de las escuelas para hacer la diferencia con el resto*”. Con estas ideas hace referencia a los grandes retos que los profesores enfrentan en la actualidad, como son los resultados de las evaluaciones estandarizados, y “globales” que a nivel mundial se aplican a los estudiantes: instrumentos de opción múltiple,

aplicados a poblaciones heterogéneas, en condiciones de desigualdad, de cuyos resultados reprobatorios se responsabiliza al magisterio. “*Si el pensamiento pedagógico aspira a pensarse como tal, si todavía pretende tener alguna chance, precisa intervenir en la disputa*”¹. Esto implica para el profesor que se considere a sí mismo como protagonista, para decidir cuál será el *plus* que, desde su posición personal y desde el colectivo escolar, puede ofrecer a los estudiantes.

Formar es tener presente el compromiso del derecho y el deber de cambiar el mundo, con el ejercicio de la recuperación de la capacidad reflexiva, al servicio de las personas a quienes educamos... para volver realidad esa utopía que deseamos...

...porque al negarnos a participar en la construcción de la historia, estamos asumiendo que esta realidad es fatalista, que no tiene hendiduras, por donde podamos reconocer sus condicionantes, como alternativas de intervención.

He aquí el *status quo* sobre el que me parece necesario discernir, pues tiene que ver con la pugna interna y pragmática del enfrentamiento con una política, que exige hacer más con menos; asumir la descalificación social, a través de los medios masi-

¹ Silvia Sierra (coordinadora). *Autoridad, violencia, tradición y alteridad. La pedagogía y los imperativos de la época*. En *Novedades educativas*. Buenos Aires Argentina. 1ª edición. Noviembre 2005. Pp. 16,17

vos de comunicación y las autoridades educativas del país; cubrir los requisitos del CENEVAL, ENLACE, PISA y todos los otros exámenes que se les ocurran a los funcionarios en puestos de decisión; dar atención a grupos excesivamente numerosos, sin expectativas de percibir un salario decoroso, ni de recibir estímulos al desempeño; trabajar, subordinados a una “autoridad educativa” mexicana, que considera a la educación pública como “un gasto”; soportar el desgaste que ello implica, ante la necesidad de emplearse por horas “libres” en varias instituciones, para poder cubrir las necesidades económicas (situación que también se va viendo restringida con el “principio de la incompatibilidad”). Todo esto dificulta pensar en la tarea fundamental de los maestros, esa a la que se llama *vocación*, que consiste en entrar en comunicación con sujetos concretos, provenientes de un contexto social particular, que plantean necesidades específicas y únicas, **la tarea de formar**.

Hoy, más que nunca, los maestros nos enfrentamos a un reto, para el que se hace necesario explorar la verdadera esencia de la pedagogía, para transformarla en pro de ese mundo mejor que a la educación se le ha encargado construir. Freire señala que: “Los sueños son proyectos por los que se lucha”², planteado así, ¿cómo se puede concebir a sí mismo el profesor que no viva su enseñanza como una utopía?

Luego entonces ¿qué implica **formar**? Desde mi muy particular punto de vista diría que formar es tener presente el compromiso del “derecho y el deber de cambiar el mundo”³, con el ejercicio de la recuperación de la capacidad reflexiva, al servicio de las personas a quienes educamos, para reconocer en dónde estamos, qué hacemos, qué queremos hacer, cómo queremos hacerlo, con quiénes lo haremos, y tomar decisiones, para *llegar a ser en el mundo*, para volver realidad esa utopía que deseamos; porque al negarnos a participar en la construc-

ción de la historia con toda nuestra ética, nuestros conocimientos, nuestra experiencia, estamos asumiendo que esta realidad es fatalista, que no tiene hendiduras, por donde podamos reconocer sus condicionantes, como alternativas de intervención.

De ninguna manera me parece ésta una propuesta imposible, puesto que una característica cotidiana del quehacer docente es, aún en los regímenes escolares más dictatoriales, la capacidad de encontrar los resquicios para ejercer su práctica, poniendo en juego los métodos y las teorías que está convencido que le han funcionado, para que sus estudiantes no sólo adquieran los contenidos programáticos, sino la liberación en el proceso de esa adquisición.

La diferencia es viable, si los profesores pensamos en ir más allá del programa; en formar para disentir de esas tomas de decisión, que van en contra del desarrollo de la humanidad; en ejercer su capacidad de oponerse a la represión; de expresar demandas sociales justas, dirigidas a la defensa de los preceptos de nuestra Constitución política, del derecho a la educación pública, a los servicios de salud, a tener empleo, para poder proveerse de los medios para **VIVIR DIGNAMENTE**, a partir de recursos lícitos, garantías que nos fueron heredadas por nuestros abuelos, como consecuencia de la Revolución Mexicana, lograda a través de las armas, y que las generaciones de ahora, estamos dejando perder. Los maestros, tenemos el deber de hacer la revolución de las ideas, **transformándonos, para transformar**.

Consejo editorial

Margarita Gutiérrez Bracho
María del Carmen Vicencio
Martín Martínez Hernández
Norma Escoto Cervantes
Susana López Guerra

² Paulo Freire. *Pedagogía de la Indignación*. Ediciones Morata. Madrid, España. Pp. 65

³ *Ibidem* Pp. 64

Descomposición social y procesos electorales

Olivia Gómez Solorio

El escenario político en el que nos encontramos en este momento refleja un alto nivel de hartazgo entre la mayoría de los ciudadanos. La desconfianza hacia los partidos políticos (por sus escándalos, por sus excesos y despilfarros, por su ineptitud para resolver los verdaderos problemas sociales, por esos candidatos que cambian de un partido a otro, no por convicción, sino por conveniencia oportunista, etc.) es algo que se observa en todos los niveles de gobierno y en todos los partidos.

Los partidos políticos se desdibujan al seguir la misma lógica neoliberal. Todos ellos padecen y todos los ciudadanos padecemos una seria crisis de credibilidad. La lucha que se libra entre ellos no siempre (o más bien diremos, casi nunca) es por la oposición entre diferentes proyectos sociales; los adversarios políticos sólo luchan por llegar al poder. Los partidos y sus candidatos suelen transformarse mágicamente, durante el tiempo que dura el proceso electoral; se vuelven sensibles y amables, saludan, cargan a los niños, los besan y bailan con los ancianos; son amigos de todos, pero una vez que logran su propósito, muestran (siempre negándolo) sus verdaderas intenciones.

Es penoso tomar conciencia de que, en lugar de consolidar los procesos democráticos, éstos se perviertan cada vez más; se sofistican las prácticas del engaño; se despilfarra más el dinero del pueblo; el proceso electoral se vuelve un producto de mercado, etc. Todo esto despliega una amenaza para nuestra incipiente (aunque ya centenaria) democracia.

Cada vez es menor la cantidad de votantes. Son tan malas las opciones que tenemos, que la gente prefiere abstenerse o anular su voto, manifestando con ello el repudio social a todo este aparato político que no beneficia en nada a la población; otros más optan por aplicar el voto de castigo, para

evitar el engolosinamiento del nuevo partido en el poder, que pretende perpetuarse (*“Vamos por más”*, dicen los candidatos del PAN, y nosotros preguntamos: ¿qué no ha sido suficiente?).

Todo esto ocasiona que quien llega al final de la carrera, lo haga con bajísimos niveles de credibilidad, por parte de la ciudadanía. Aunque, cuando uno tiene el poder, por supuesto, esto es lo que menos importa; el cinismo es lo que impera.

En este sentido, el riesgo de seguir erosionando la legitimidad de los procesos democráticos es evidente. Se abren los cauces a la corrupción, al contubernio, a la impunidad, por la ausencia de controles ciudadanos.

Nosotros, los ciudadanos “de a pie” tenemos la gran responsabilidad de ser promotores de la rendición de cuentas o de la revocación de mandato, para evitar que se desplome la posibilidad de tener un país mejor; un país, donde se recupere la esperanza, donde se potencien los sujetos y donde circulen las ideas de todos y no sólo de los que tienen el poder; un país en el que todos aquellos que asuman un cargo público, gobiernen obedeciendo la voz del pueblo, buscando el bien común y no sólo el enriquecimiento de algunos cuantos (ellos mismos).

Nuestras instituciones requieren de una profunda transformación, ya que han mostrado su corrupción e ineficacia; violentan el estado de derecho; se alían y se subordinan a quienes están en el poder; agreden y castigan a quienes menos tienen y protegen sólo a los influyentes, en el marco de una gran impunidad, insostenible e inexplicable.

¿Podremos sanarnos de tanta descomposición?

Abstenerse conscientemente, votar o votar en blanco, ésa es la cuestión

Fidel Vallejo Mireles

Repentinamente una buena parte de la opinión pública certificada: opinólogos de los medios electrónicos, representantes de la iglesia católica, el presidente del IFE, líderes de partidos políticos, se han dedicado a combatir una opción ciudadana que convoca a no votar o a votar en blanco. Por otro lado, los internautas repentinamente nos hemos llenado de cadenas u opiniones personales de amigos y conocidos, invitando a votar en blanco.

Dado que ésta es una alternativa que no era visible en contiendas electorales previas y con el ánimo de aclarar este acontecimiento, conviene analizar los siguientes puntos: una breve referencia sobre los fraudes en el país y la decepción profunda de todas las instituciones, incluyendo las políticas, en el capitalismo tardío.

Los fraudes son un modelo político que no se ha desactivado desde el México posrevolucionario en la historia del país. Habrá que recordar el fraude de Juan Andrew Almazán en su contienda con Ávila Camacho en 1940, o bien el llamado “fraude cibernético” de las elecciones presidenciales de 1988, donde se difundió la frase “caída del sistema”, adjudicada a Manuel Bartlett, el entonces titular de la secretaria de gobernación. En la memoria popular ha quedado consensuado que fue el candidato de oposición, Cuauhtémoc Cárdenas, quien ganó las elecciones y no el famoso chupacabras: Carlos Salinas de Gortari.

El último de los fraudes visibles y ampliamente documentados fue el perpetrado en contra de Andrés Manuel López Obrador en el 2006. Este fraude organizado por la burguesía mexicana neoliberal junto con las televisoras, las cámaras de comercio y el clero, dejó una huella descomunal que fue marcada por la frase descarada de Calderón “haiga sido como haiga sido”, en una entrevista con Denisse Maerker.

Hay varias voces que afirman que ante esta historia de fraudes e ir a votar, como si no pasara nada, es seguir provocando el cinismo de la clase política. Clase política que no tiene propuestas para esta etapa histórica de nuestro país por su vaciamiento ideológico. Asunto que ya trabajaremos más adelante.

La propuesta de los opinólogos del sistema es que al no votar o votar nulo, a quién se les hace la campaña es a los de la derecha. Considero que los contingentes democráticos deben analizar el contenido de estas discusiones y participar seriamente en estos procesos de reflexión, que ahora se hacen por Internet, pero que pueden llegar a situaciones imprevisibles. Lo que hasta ahora es claro es que los fraudes históricos de la clase política son los que han promovido el abstencionismo y el abandono por ese proceso, considerado como el “trámite más inútil”, por lo que conviene buscar opciones a esta forma de rebeldía o protesta.

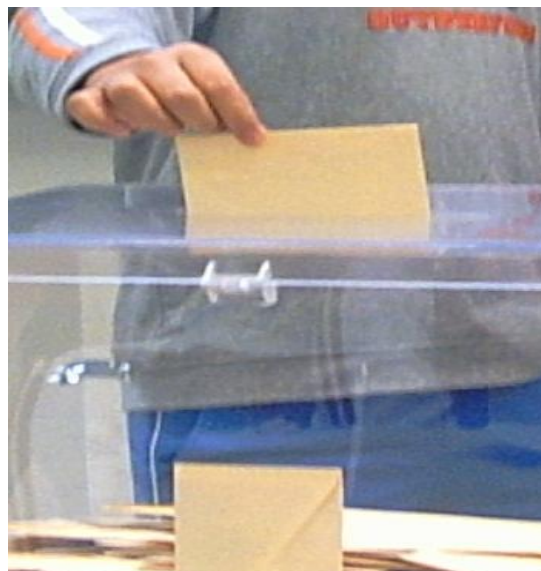
Votar en blanco o abstenerse conscientemente puede ofrecer posibilidades para que este modelo político tenga salidas; representa toda una alternativa para que el sistema político se dé cuenta de su crisis de representación y credibilidad.

La tendencia por el voto nulo o en blanco no fue una ocurrencia de algún iluminado; no es una constante de muchos compañeros que están lejos de toda sospecha de servir a la derecha; lo mismo lo puede ver en articulista de medios nacionales que en locales o por la red. Algo está pasando. El garlito de que el voto nulo es para beneficiar a la derecha o de que es promovido por la derecha es una forma de sacarle la vuelta a un fenómeno político que tie-



ne sus fuentes en la decepción ciudadana, no solo por los fraudes electorales, sino por la caída del modelo electoral como medio para recomponer en algo la situación nacional.

No obstante, no habría que preocuparse demasiado si son los partidos pequeños no salen beneficiados, ya sea porque el voto duro se reflejará en los partidos grandes o más bien porque, de hecho, de estos institutos políticos pequeños es difícil que surjan propuestas novedosas o inteligentes para el momento histórico de nuestro país. ¿Servirá de algo el partido de Elba Esther, considerada como la mujer más corrupta del sistema político, y a quien se debe, en buena medida, el profundo deterioro de la educación básica?. ¿Servirá de algo el partido verde que ha sido considerado como medio para el tráfico de influencias? Y así con los demás.



No hay que asustarse si la derecha sale beneficiada por la abstención, también en su momento salió beneficiada en Argentina y en Bolivia, pero estas victorias minúsculas fueron la antesala de su derrota. Los piqueteros de Argentina, al grito ¡que se vayan todos!, creó una crisis institucional que mandó a más de seis presidentes a su casa y, en Bolivia, las barricadas hicieron lo suyo. Hoy estos países están en otras condiciones después de los ejemplos de ciudadanía mostrados por sus habitantes.

En el capitalismo tardío o la posmodernidad todos los sistemas y subsistemas entran en descomposición. Una de sus preciadas joyas lo representan sus “estados de derecho”, sus instituciones políticas, las relaciones entre el estado y los ciudadanos y, por supuesto, los partidos políticos y las contiendas electorales. Otra característica de este sistema es que ninguna ideología política es ya capaz de entusiasmar. Los partidos políticos, al no encontrar asideros ni posibilidades de desarrollo, se vacían ideológicamente y entran a ofrecer lo que sea con tal de ingresar al mercado de los votantes.

Votar en blanco o abstenerse conscientemente puede ofrecer posibilidades para que este modelo político tenga salidas; representa toda una alternativa para que el sistema político se dé cuenta de su crisis de representación y credibilidad. La disyuntiva que abre esta opción de votar en blanco o no votar generaría opciones para renovarlo y vislumbrar posibilidades para acabar de una vez por todas con la barbarie económico-social que hoy padecemos.

CIUDADANOS POR LA DEMOCRACIA AC

GRUPO DE REFLEXIÓN y ANÁLISIS

CONVOCA
A
REFLEXIONAR Y DEBATIR PARA TOMAR LA MEJOR DECISIÓN

PONENTES
DR. JAIME CÁRDENAS GRACIA
MTRA. CELIA MAYA GARCÍA

MODERADOR
SALVADOR CERVANTES Y GARCÍA

JUEVES 2 DE JULIO DE 2009
18:00 HRS.
CASA LEGISLATIVA
MADERO NO. 71, CENTRO, QUERÉTARO

Este evento no pretende hacer proselitismo para partido político o candidato alguno

Votar o no votar, ¿es ésa la disyuntiva?

Gonzalo Guajardo González

Enojo, desánimo y desconfianza como consecuencia del fraude electoral

No ha sido sólo la conciencia del fraude que, se sospecha por muchos, se cometió en las elecciones de 2006, lo que ha dado lugar al enojo, a la desconfianza y al desánimo de los ciudadanos para ir a votar.

Hay un recorrido histórico en los tiempos modernos que ha hecho albergar la posibilidad de hacer valer en el país las decisiones de la ciudadanía, aunque los datos parecen desmentir ese ánimo:

1. La revolución mexicana se realizó, entre otras razones, con base en dos exigencias electorales: (i) sufragio efectivo y (ii) no reelección.
2. Al final de las luchas revolucionarias, se pretendió construir un país en el que hubiese orden e institucionalidad, a fin de que esta sociedad no quedase sujeta al capricho de unos cuantos y a los vaivenes azarosos. Esto condujo, pues, a la construcción de diversos partidos políticos, que tuviesen participación efectiva en la sociedad.
3. Para impedir el dominio de las armas, hubo esfuerzos para que los partidos políticos estuviesen integrados predominantemente por civiles y no por militares. Por consecuencia, los candidatos habrían de ser civiles. Esto sucedió, sobre todo al preparar las elecciones presidenciales, a partir de 1946.
4. En el año 2000 se expresó la mayoría electoral por que la presidencia se le entregase a un partido político diferente al que desde casi setenta años atrás venía ocupando la principal silla pública (el PRI). De esta manera, por primera vez después de la revolución, un partido político diferente (el PAN) ocupó la presidencia. En esta ocasión, la euforia pública se desató, pues mu-

chos mexicanos pensaron que se había superado definitivamente una era de imposiciones y se accedía a una estructura verdaderamente democrática, en que se atendía a las decisiones de la ciudadanía.

En el 2006, sin embargo, hubo acontecimientos y declaraciones que hicieron ver que el régimen nuevo era claramente heredero de las ambiciones y las prácticas del anterior, incluyendo la imposición autoritaria.

Las actitudes de los ciudadanos en el 2009 están influidas por la experiencia anterior

En el contexto de las elecciones del 2009, se pueden advertir las consecuencias de lo que ha sido considerado por muchos —en México y en el extranjero— como uno de los mayores fracasos de la política mexicana. Los ciudadanos están profundamente enojados por la falta de limpieza en las elecciones del 2006. Ello provoca:

1. que consideren inútil esforzarse y entusiasmarse nuevamente, como lo hicieron hace tres años, pues temen que van a ser defraudados nuevamente por el sistema;
2. que piensen que el sistema político mexicano, con sus diferentes momentos electorales, es incorregible, por lo que no tiene sentido seguir esperando de él un cambio radical;
3. que hay que darles a los políticos profesionales un correctivo radical, por ejemplo, expresándoles un repudio generalizado al no ir a votar y, así, aislarlos y forzarlos a reconocer la voz de la ciudadanía y, como consecuencia, modificar sustancialmente las leyes.

Decidas lo que decidas, envíanos tus comentarios a con.conciencia@yahoo.com

Efectividad de las reacciones de los que han decidido anular su voto

Lo que están buscando los vividores del sistema político es, justamente, que los opositores – que son los que viven el enojo profundo y el dolor de verse nuevamente engañados y defraudados– decidan no ir a votar o anular su voto.

De esta manera, los partidos políticos dominantes –PAN y PRI– eliminan a sus respectivas oposiciones y, asegurado el “voto duro” de sus militantes e incondicionales, garantizan su triunfo en las urnas.

Después, sin ninguna resistencia efectiva en las cámaras de diputados y en los puestos ejecutivos, harán valer sus intereses básicos y tomarán decisiones, en nombre de todos los mexicanos, sobre asuntos fundamentales para el país:

- Privatización de las empresas más rentables,
- Condiciones ventajosas de inversión para extranjeros,
- Anulación o debilitación de garantías sociales,
- Educación exclusivamente como capacitación para el trabajo,
- Separación de zonas residenciales para los ricos,
- Militarización del país,
- Uso de la población para los fines que convengan a los dueños de los dineros.

Tres posibilidades sociales

En los procesos electorales –que son estructurados en todas partes desde la perspectiva capitalista, que domina al mundo desde la revolución francesa– predomina una visión de la realidad acorde con los intereses de los dueños del dinero y de los ambiciosos del poder.

Con esas premisas, quedan descalificados los intereses de la población marginada y de los trabajadores en general.

Las opciones que, en este contexto, se le abren a la sociedad son (a) la posibilidad de una revolución que lo transfigure todo y se estableciese un nuevo orden social –así lo podría uno esperar, aunque no hay nada que lo asegure–; (b) dejar que todo continúe sucediendo como hasta ahora: que la población sea sometida progresivamente a los intereses de unos cuantos (a través de la propiedad privada y la anulación de las garantías sociales), que los trabajadores sean convertidos en bestias de producción y no vistos como seres humanos; (c) que la sociedad se haga cargo de planes y prácticas que le permitan transformar las estructuras en beneficio de las mayorías.

No votar significa, en consecuencia, entregar el país a los capitalistas, a los monopolizadores del poder y a los ambiciosos del dinero; significa asumir que los trabajadores han de quedar desposeídos de identidad, de historia, de geografía; significa que los trabajadores han de ser reducidos a la nada maquinística de la producción.

La lucha electoral como lucha social real

Como está señalado, entonces, la revolución no asegura en estos momentos el triunfo de los intereses de los trabajadores. Obviamente, la segunda opción (dejar que todo permanezca como hasta ahora se ha venido desarrollando) tampoco beneficia al ser humano.

Sólo la tercera opción: que la sociedad misma se haga cargo de planes y prácticas de transformación, es la que parece válida en estos momentos.



Pero es indudable que el Estado nacional – que es en el que vive la sociedad mexicana– es la articulación pública del hombre moderno. Esta articulación está monopolizada por los intereses capitalistas, por los que consideran que son los que legítimamente pueden tener todo el poder y todos los dineros. Los capitalistas se consideran los únicos herederos y usufructuarios posibles del Estado nacional.



El capitalismo ha monopolizado, pues, también el Estado nacional, y ha despojado a los trabajadores aun de la posibilidad de ser ciudadanos de este Estado.

Por tanto, los trabajadores no tienen una historia –producto de ese Estado nacional–, no tienen un espacio –que es el delimitado por el Estado nacional– y no tienen prácticas sociales, que son las que se dan al interior del Estado nacional. En suma, los trabajadores no tienen identidad histórica ni geográfica ni social.



Es imprescindible, pues, que los trabajadores recuperen sus características, lo que se puede lograr única y exclusivamente recuperando, para ellos mismos, al Estado nacional.

La lucha electoral es, por tanto una lucha por conquistar el Estado nacional a favor de los trabajadores.

No votar significa, en consecuencia, entregar el país a los capitalistas, a los monopolizadores del poder y a los ambiciosos del dinero; significa asumir que los trabajadores han de quedar desposeídos de identidad, de historia, de geografía; significa que los trabajadores han de ser reducidos a la nada maquinística de la producción.

Naturalmente, para esos capitalistas es alentador que la población no vote, pues les deja, sin más oposición, que se apropien impunemente de lo que en realidad pertenece a la sociedad que ha construido sus propias realidades.

Más allá de sentimientos de enojo, de frustración, de desilusión, están los intereses de una sociedad sometida tradicionalmente, que busca su emancipación y la apropiación de una identidad, una historia y un territorio que le han sido enajenados.



Taxonomía de nuestras opciones electorales

María del Carmen Vicencio Acevedo

A todo el bombardeo publicitario electoral que hemos vivido en los últimos tiempos, se suma ahora el de la invitación a anular el voto. Ahora sí que tenemos “opciones”:

- El *no voto*, de los que no se enteran que hay elecciones, o de los que sí se enteran pero no pueden ir, o de los abstencionistas, que sí se enteran, pero deciden no ir, para “no ser cómplices de la farsa electoral”.
- El *voto en blanco*, de los despistados, que olvidan a qué fueron, o de los ingenuos que deciden manifestar que, ante la oferta de candidatos, no encuentran a *uno* que valga la pena. (Digo “ingenuos”, porque en una casilla no bien cuidada, algún hábil sin escrúpulos puede convertirlo en voto por su favorito).
- El *voto nulo*, de los que tachan toda la boleta, invalidándola a propósito, para mostrar su coraje con cualquier leyenda de protesta.
- El *voto de castigo*, de los que marcan el logo de un candidato “malo”, sólo por su carácter de opositor y con la intención de que pierda “el peor”.
- El *voto útil*, de los que están hartos del actual gobierno y saben que la única forma de derrocarlo es votando por su opositor más fuerte, aunque éste no valga tampoco un bledo.
- El *voto resignado*, de los que piensan que más vale malo por conocido... y no creen que pueda haber algo mejor.
- El *voto del tin marín, de do pingüe*.
- El *voto del capitán*, de los que están atrapados en el corporativismo sindical, oficial o empresarial y se dejan “guiar” por su líder.
- El *voto negocio*, de los que recibieron la promesa de que obtendrán “una lana” por mostrar la foto de su boleta marcada.
- El *voto light o fresca*, de los que eligen al que creen que va a ganar y sólo por eso.
- El *voto del muertito*, que aparece de más en las urnas, sin saber por qué, pues uno de los votantes registrados, falleció la semana pasada.
- El *voto duro*, de los que son fieles a la causa y llueve, truene o relampaguee, seguirán aferrados a la idea de que su partido es la única opción válida.
- El *voto desperdiciado*, le llaman así al de quienes se deciden por un partido pequeño, que difícilmente llegará al poder.
- El *voto ponderado*, de quienes no creen en los partidos, pero sí en ciertos candidatos y seleccionan a éstos aunque sean de diferentes colores.
- El *voto consciente y razonado*, que se encuentra distribuido en varias de las opciones anteriores.

Frente a todas estas posibilidades de emitir nuestro voto, lo cierto es que, en el juego electoral, sólo existen dos opciones y no las ocho (o nueve, o diez.., contando al abstencionismo, al voto en blanco y al nulo) que ahora nos proponen los partidos políticos.

La primera es la que nos lleva a mantener el estado de cosas actual y que beneficia a los que más privilegios tienen. Se reconoce porque su oferta se centra en el tema de la seguridad nacional, en el aumento de los cuerpos policíacos, en la idea de colocar cámaras de video en todos los rincones y pedir a los ciudadanos que se conviertan en “vigilantes”,

los unos de los otros, so pretexto de luchar contra “los malos”, los secuestradores, los asesinos y narcotraficantes (aunque se incluyan absurda e injustamente entre ellos a indígenas como Jacinta Francisco Marcial, acusada de secuestrar ¡ella sola! a 6 policías de la AFI, o a Doña Conchita de “El Ahorcado”, detenida por haberse compadecido de algunos migrantes guatemaltecos, ambas condenadas a varios años de prisión).

Se reconoce también por ofrecer “estímulos fiscales” o dar terrenos públicos “en comodato” a las grandes empresas, incluídas las trasnacionales, so pretexto de fomentar el empleo (no importa que éste se constituya en una nueva esclavitud, por la impunidad de que gozan ciertos grandes empresarios, ante la pusilanimidad o complicidad de esos funcionarios públicos, que son incapaces de hacer valer la Ley Federal del Trabajo. (Como sucede actualmente con la empresa Bombardier, entre otras).

Se reconoce además por convertir en negocio privado lo que es público (PEMEX, el agua, la salud, la jubilación, la educación, las guarderías, etc.), lo que es derecho de todos y responsabilidad del Estado; también porque sus partidarios llaman despectivamente “populistas” a aquellos candidatos o gobernantes que ponen en el centro de sus consideraciones a los que tienen mayores desventajas.

Se reconocen por su megalomanía, al emprender obras monumentales y suntuosas, privilegiando al “turismo ejecutivo”, so pretexto de que se derivarán en una “importante derrama económica”, como el *Paseo Constituyentes*, que ya era funcional y que fue demolido totalmente y vuelto a levantar, pues así convenía a los negociantes gubernamentales; o como el estrambótico *Parque Bicentenario*, que no sólo costó 550 millones de pesos del erario público, sino que para entrar cada visitante debe pagar 35 pesos; o la Ciudad de las Artes construido en terrenos que antes eran considerados reserva ecológica; mientras las colonias populares no tienen alumbrado público, ni drenaje, ni agua potable, ni vialidades seguras y mientras los grupos de artistas son abandonados a su propia suerte, etc., etc.

La segunda opción es la de aquellos que ponen, en el centro y prioridad de sus consideraciones, al bienestar del pueblo, en todos sentidos, y, para apoyar los programas sociales, pugnan por impedir que los mandatarios reciban un cheque en blanco. Luchan por una democracia participativa; por implantar el plebiscito y el referéndum, para que no puedan hacer cambios a las leyes, a escondidas (para que la gente no se entere de que los ciudadanos comunes son los principales perjudicados); por exigir la rendición de cuentas; por bajar los exorbitantes salarios a los políticos; por establecer la revocación de mandato, para destituir a todos aquellos funcionarios públicos que no cumplen con su deber, etc.

La segunda opción implica, no sólo criticar a la clase política y amenazarla con la abstención o el voto de castigo, sino promover la organización popular más allá de los períodos electorales.

En esta lucha los polos opuestos son fácilmente identificables. En cambio, no lo son tanto los discursos deslavados de todos esos políticos que hablan de generalidades, y que no se atreven a definir claramente su postura, porque si lo hacen, pueden perder votos.

¿Quién es quién en esta contienda? No basta que nos digan que firmaron sus compromisos ante notario. ¿Eso para qué sirve? ¡Sólo para apantallar a los que piensan poco!, pues nadie va a sancionarlos si no cumplen. Realmente nos daremos cuenta de quién es quién, sólo después de que hayan subido al poder. Comenzaremos a confiar en ellos, si su primer acto de gobierno o de representación en el Congreso consiste en bajar su salario al 50%.

***¡Sólo tenemos dos opciones
este 5 de julio!***

Neuropolítica y genoma artificial

Margarita Gutiérrez Bracho

I Todos somos políticos!, frase favorita de mi padre, ingeniero agrónomo, matemático, maestro y campesino. Nadie se salva; está comprobado que todos somos políticos. ¿Pero por qué todos, si la mayoría de la gente parece aborrecer a la política?

Hay muchas formas de responder a esta pregunta. Aristóteles implicaba a la política en la definición del ser humano (*zoon politikon*=el hombre es un animal político). Consiste ésta en una actividad humana que tiene que ver con la discusión sobre cómo gobernar a la “polis”, a la ciudad o al espacio social en el que viven los seres humanos.

Más allá de estas consideraciones, ha surgido cierta tendencia entre algunos divulgadores de la ciencia, que indican que los descubrimientos actuales, en relación con la genética y el funcionamiento del cerebro, están impactando en todos los quehaceres del hombre, así como desenmascarando diversos secretos sobre por qué somos como somos, y creando las bases para “modificar genéticamente a todos los que vivimos en este mundo”. Sin embargo, hasta el día de hoy, aún podemos decir que somos relativamente libres al tomar nuestras decisiones.

Es verdad que el individuo está integrado en una sociedad que, simplemente, le fue impuesta; él no la escogió y, en ella, debe aprender a convivir con los demás. En este sentido no es libre. Sin embargo, lo es, en cuanto que tiene, dentro de esa sociedad, un determinado margen de maniobra.

Así, una labor de los políticos en los regímenes democráticos (desquiciada en muchos casos) es lograr que los ciudadanos conozcan sus derechos como personas, y, a la vez, reconozcan el límite a su libertad, que se acota inevitablemente cuando ésta entra en relación con el bienestar general de la población.

¿Qué nos espera?

Estos divulgadores señalan que “las derivaciones científicas tocan a la puerta de la política”; es el caso de una nueva ciencia, cuya aplicación asume los conceptos modernos de las *neurociencias*, de la *gobernanza* y de la *psicología*: la “*neuropolítica*”.

Según estos señores, algo de lo que no cabe duda, es que esta rama, adyacente a la *neurofilosofía*, denominada “*neuropolítica*”, va a dar mucho qué decir durante los próximos años, a la hora de entender el comportamiento político de las personas, en todas sus manifestaciones, y va a transformar nuestra forma de pensar respecto a la política.

La *neuropolítica* está interesada principalmente en elaborar y construir modelos de comportamiento del “agente político”, ya sea del ciudadano o del mandatario, “lo más comprensible y exhaustivamente posible”, partiendo de la consideración de las influencias biológicas fundamentales o, al menos necesarias, en el comportamiento político.

Por otro lado, el avance en el *genoma artificial* (J. Craig Venter) nos pinta realidades como la de crear organismos *autorreplicantes*; es decir capaces de reescribir el genoma. Esto significaría que la selección natural, que es posible cuando se dan las condiciones de heredabilidad, mutación y replicación, sufrirá un gran cambio, porque habrá nuevos genes y nuevos organismos que nos pueden llevar a “un nuevo estadio en la evolución”.

La *neuropolítica* está al pendiente de cómo gobernar al individuo o de cómo estar en sus preferencias, incluso desde su concepción. Siguiendo esta “lógica”, el genoma artificial puede variar nuestras preferencias hacia tal o cual partido político o incluso crear posturas de líderes con una gran alteridad, desde antes de nacer. Si hay esa posibilidad, los líderes en el poder podrán crear ejércitos de personas ¡que voten por ellos! (Algo similar se discutió en otra época, cuando iniciaron los estudios sobre las relaciones entre la psicología y el mercado y sobre la llamada *seducción subliminal*).